



Cuando llegue



¡TODO ESTÁ LISTO!

Va a llegar...

La madre dobla el último chaleco y empieza otro par de botitas de angora —la masa y el niño, en agosto sienten frío—; cierra los ojos para «ver» el tamaño del piececillo que ya le hace sentir el poderío de su planta minúscula y dominadora. Ya ha tejido dos toquillas y media docena de chalecos; ha empleado el punto Liga en lugar del punto Jersey porque sabe que conserva mejor la forma de esas prendas que han de lavarse constantemente.

Se amontonan, en una tabla del armario, las camisetas y las camisitas de batista que cruzan por detrás. Hay seis; tres un poco más chicas y otras tres algo mayores. Todas las costuras van a punto de incrustación para que nada hiera la carne de su carne.

Luego, los pañales. Una docena de picos de hilo, que no irritarán la piel del niño, con el triángulo de felpa aterciopelada, o sin él; y otros, un poco mayores, de toalla, con cintas pasadas para evitar el imperdible.

Las tres fajas que ha hecho con algodón perlé, prácticas y elásticas, porque no las ha rematado con esos rebordes que dejan la labor perfectamente concluída, pero que no ceden y molestan cuando se faja al pequeño, apretadito.

La cuna. El padre dibujó el soporte que le hizo el carpintero por pocas pesetas, con madera de pino, para el moisés de mimbre.

Lo han pintado de esmalte blanco y mamá ha forrado el cesto de una batista vaporosa y lavable, blanca con lunares. Nada de amarrar la funda a los mimbres con puntadas complicadísimas; se ha ingeniado para que abroche con presillas y botones por todas partes, para poder lavarla en todo momento, y que siempre tenga el mismo aspecto impecable y vaporoso de hoy.

Luego se ha entretenido en forrar con la misma tela aquella cesta vieja de la costura y coloca en la canastilla los menesteres para bañar al niño.

Porque piensa bañarlo todos los días. Para eso le han comprado un baño esmaltado, con su soporte de madera blanca, donde el crío cabrá hasta cuando pueda chapotear como un marinerito.

Al principio no. Mamá —protegido su traje con el practiquísimo delantal de hule—, lo cogerá como si fuese a enseñarle a hacer la plancha: recostando suavemente la cabeza y la espalda del nene sobre su antebrazo izquierdo y agarrándole bien por debajo del hombrito izquierdo para que el «peque» esté y «se sienta» seguro y no se asuste.

En un cuarto templado y sin corrientes, tomará su baño que debe durar de tres a cinco minutos, así que habrá que jabonarlo de pies a cabeza deprisa y bien, con la esponja ya preparada, y aclararlo rápidamente. Luego, sobre la toalla de felpa calentita, una buena fricción; dos veces por semana puede dársele con colonia o alcohol alcanforado, pero no más; no olvidéis que por la piel tam-

